

PROBLEMÁTICA DEL COLOQUIO: “LOS CATEQUISTAS EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA”

Joël Molinario¹

La problemática que me propongo tratar tiene dos partes: en la primera voy a trazar una serie de cambios que han alterado considerablemente la misión del catequista. En la segunda parte, señalaré cuestiones teológicas que desvelan dichos cambios y las tareas que nuestra conferencia deberá realizar sobre la nueva figura de los catequistas que se abre ante nosotros.

LOS CATEQUISTAS EN LOS CAMBIOS DE LA IGLESIA Y DE LA SOCIEDAD

Releyendo la historia lejana y reciente de la catequesis y recorriendo los principales textos que han hecho avanzar la figura del catequista, hay un hecho frecuente que surge y justifica el programa de este coloquio: el concepto de catequesis, de catequista, de su rol y misión en la Iglesia, se han visto sacudidos por una serie de cambios que han afectado a la Iglesia y a la cultura. Voy a intentar nombrar estos cambios y algunas de las consecuencias eclesiales y pastorales que generan.

¹ Director del Instituto Superior de Pastoral catequética de París. Esta conferencia fue impartida por el autor el 17 de febrero de 2015 para introducir a los asistentes en el VII Coloquio del ISPC sobre su problemática.

1. El ministerio de la inteligencia de la fe: Un millar de años en la historia de la Iglesia, lo que llamamos desde el siglo XIX la Edad Media, en que no encontramos ningún rastro de institución catequética y donde la responsabilidad catequética queda difusa en la Iglesia por la homilía, la liturgia, las peregrinaciones, la arquitectura y la vida parroquial. Cuando Juan Gerson, canciller de la Universidad (equivalente a ministro de educación...) anunció en el s. XIV que hay que educar la inteligencia de la fe de los niños y la gente sencilla, se le tomó por un loco o por un ancianito. La transmisión de la fe era una acción global que funcionaba por impregnación parroquial y familiar y no había necesidad de ninguna institución particular para ello.

La revolución del siglo XVI, sobre todo con Lutero y los reformados, consistió en recrear una función catequética en la Iglesia a partir del ministerio sacerdotal, del pastor o de la misión del padre de familia. La invención del catecismo corresponde a la nueva orientación en la que la Iglesia organiza sistemáticamente una enseñanza de la inteligencia de fe que complete la impregnación de la fe familiar y comunitaria. La función del catequista ha sido para la Iglesia la manera de entrar en la era moderna. Un sujeto creyente debía responder personalmente al llamamiento que Dios le hacía y el catequista, de acuerdo con San Carlos Borromeo, debía despertar el deseo de responder a la llamada de Cristo. Entonces, existe una doble función complementaria: la familia y la vida parroquial educan la fe, el clero, por su parte, enseña la inteligencia de la fe.

2. Unir la relación entre la vida de fe y la comprensión de la fe: A partir del siglo XVII, la enseñanza del catecismo adopta el método "pregunta-respuesta" casi sistemáticamente, y por lo tanto tiende a separar la íntima conexión entre la experiencia de la fe y la inteligencia de la fe. En esa época aparece una división entre los catecismos orientados a la vida litúrgica y pastoral y los catecismos más intelectuales que habían asumido el control en los dos siglos siguientes. Pero apareció una respuesta pastoral y pedagógica, el

método de Saint Sulpice, Mons Dupanloup en el siglo XIX, y Marie Fargues a comienzos del XX, y sobre todo el método de Munich en 1898; serán los pioneros de un deseo de construir una nueva relación entre la vida del niño y el aprendizaje catequético. Estamos en el comienzo del movimiento catequético del siglo XX. Un cambio necesario para hacer que los niños estén activos en el catecismo, el catequista debe desplegar el tesoro de su ingenio para enlazar de nuevo la experiencia espiritual del niño y la tradición de la Iglesia. Esto con el fin de que el catecismo no se abandone a los 100 metros, en la calle, al abandonar el salón parroquial.

3. La entrada en la complejidad: la complejidad caracteriza un cambio que el movimiento catequético de la primera mitad del s. XX resumió en esta expresión de Joseph Colomb: la pérdida del catecumenado social. Para Colomb, el catecismo suponía que la vida de la fe tenía su lugar en la familia y también en la vida parroquial y, en cierto modo, en toda la sociedad. Esto es lo que él llamó catecumenado social. Los pioneros del movimiento catequístico querían unir con fuerza los lazos entre la vida cristiana de los niños y el texto del catecismo. En realidad, esto significaba una pérdida, la de la cultura y de la impregnación cristiana que suponía la enseñanza del texto del catecismo. La pérdida del catecumenado social complicó el papel del catequista, ya que éste debía ser quien educara en la fe viva y quien hiciera entrar en la inteligencia de la fe que la Iglesia enseña. La tarea, de repente, se ampliaba. Lo que teorizaba Colomb estaba ya establecido en muchas diócesis africanas por medio de la institución del catequista titular, creado en otro contexto social y cultural. Pero la intuición pastoral, básicamente era muy cercana. La función catequética ya no se vio sólo como una función de explicación, sino también como una función educativa de la fe viva.

4. Los catequistas laicos: Tanto en África con las misiones de la década de 1920, como en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, la entrada de los laicos, hombres y mujeres (religiosas o

laicas), en la enseñanza catequética, se convierte en un fenómeno masivo. Esta entrada de los laicos no se ha pensado todavía de modo teológico ni eclesiológico, pero se ha impuesto como respuesta a una situación misionera de la catequesis en el contexto secularizado de la sociedad. Está relacionada con la complejidad de la función catequética que acabamos de mencionar. Pero nuestra perspectiva histórica revela que ésta plantea un problema nuevo ya que la función catequética en la era moderna, en un medio católico, se había unido sobre todo al ministerio del sacerdote. Esto sigue cuestionando la ministerialidad del catequista.

5. Este cambio de roles en la Iglesia llevará consigo, en la práctica, un cambio eclesial verdadero: el que hace que la catequesis ya no se asegure principalmente por ministros ordenados. En efecto, el Concilio de Trento en 1563, había establecido la función catequética como una de las tareas necesarias de la carga pastoral del párroco, enseñar el catecismo en su territorio parroquial y verificar su eficacia. Si el cambio es eclesiológico, también es sacramental, ya que atribuir una responsabilidad catequética oficial, con el apoyo de la liturgia, tal como se estableció en la primera mitad del siglo XX en África, significa que la misión catequética de la Iglesia no se basa principalmente en el sacramento del orden. Este cambio se efectuó sin problemas antes incluso de cualquier teorización que todavía queda por realizar en parte.

6. Estos cambios en los roles han anticipado la nueva manera con que la Iglesia se comprende a sí misma desde el Concilio Vaticano II. La Iglesia no se define principalmente por su jurisdicción, sino por su misión, la cual se da a todo el pueblo de Dios por su pertenencia bautismal. El plan de la Constitución LG orienta toda la teología de la Iglesia en este sentido. La participación de los laicos en la misión fundamental de la Iglesia cambia la naturaleza de la responsabilidad encomendada a los catequistas, tanto laicos como sacerdotes, porque se trata de participar en la misión fundamental de la Iglesia que es evangelizar. La naturaleza de la Iglesia es

evangelizar, escribió Pablo VI. Desde el Vaticano II y el Decreto “Ad Gentes”, los textos del magisterio no cesan de ampliar esta afirmación y animan a todos los miembros del Pueblo de Dios a participar en esta misión fundamental enraizada en la fe bautismal.

7- La ampliación de la función catequética es una característica de los cambios en la catequesis del siglo XX, ampliación vinculada a la toma de conciencia de la naturaleza misionera de la Iglesia. Tanto es así que en el seminario que hemos animado con Henri Derroite, con el tema de nuestra conferencia, hace un par de semanas, al leer los cuarenta artículos de nuestro corpus, constatamos que no se sabe de qué hablan los autores cuando hablan de los catequistas o de los catequetas. Y otro tanto en cuanto a los artículos de los teólogos de la catequesis o de los textos del Magisterio. Y esto por dos razones. Primera razón: la figura del catequista se convierte en algo muy diverso que está muy anclado en las realidades locales de nueva aparición; lo cual tiende a dar un significado abstracto al término “catequista” en vista de la variedad de situaciones concretas de las Iglesias locales.

Segunda razón: esta ampliación se corresponde con las múltiples facetas de la función catequética que presentamos en el coloquio. La ampliación de la función catequética es tal que el DGC abre un amplio registro de competencias del catequista que afectan a sus conocimientos, saber, saber-hacer y saber-ser, y los teólogos de la catequesis, quienes también hacen listados del desarrollo de diversas competencias. Esto hace que los teóricos y las comunidades cristianas deleguen multitud de tareas a los catequistas, a quienes suponen tantas habilidades que sólo un ‘superhombre’ o ‘supermujer’ podría lograr. El riesgo es que el catequista se convierta en un ser ideal, un personaje que nunca se encontrará puesto que su designación se ve acompañada de una perfección inalcanzable. Tomando la expresión de Joseph Colomb, ¿puede el catequista compensar la pérdida del catecumenado social, incluso con la mejor pedagogía y el carisma, fuera de la norma que se le pide?

8. Entre los cambios que los catequistas tuvieron que afrontar en el siglo XX, se puede observar el de las ideas sobre la autoridad. El fenómeno de ruptura con la tradición de la sociedad, que se inició en la segunda mitad del siglo XX, transformó en gran medida el ejercicio de la autoridad de todos los magisterios, de los maestros y de los catequistas. A esto se añade la complejidad de la tarea catequética. Max Weber había diagnosticado tres formas de autoridad: Una autoridad tradicional, una autoridad legal-razonada y la autoridad carismática. Si el catecismo y la función del catequista se diseñaron en una estructura de autoridad tradicional, está claro que dicha autoridad funciona cada vez menos. La autoridad legal-racional existe pero debe enfrentarse a la cultura posmoderna. Esto sugiere que los catequistas, como los educadores, deben ejercer la autoridad carismática, al menos en la cultura occidental.

9. Haciéndose eco de la expansión de la función del catequista, el Magisterio ha puesto su énfasis en la dimensión comunitaria de la catequesis. Si la comunidad es el lugar, el medio y la meta de la catequesis, como subraya el Directorio General de Catequesis, también se dice que la Iglesia es el sujeto de la acción catequética y que la Iglesia, en su conjunto, es quien tiene la responsabilidad catequética. Esto marca una evolución práctica de la función catequética tanto tiempo delegada en el Vicario parroquial, además de los catequistas, religiosos o laicos. Esta responsabilidad catequética de toda la Iglesia revaloriza la acción catequética ya que tiene que ver con la naturaleza misionera de la Iglesia, pero crea cierta ambigüedad o falta de definición; de hecho, ya que todos pueden sentirse responsables de la catequesis, se puede producir el efecto contrario, es decir: nadie se siente realmente responsable. Además, a la figura ideal del catequista corresponde una figura ideal de comunidad eclesial, cuya existencia siempre se supone. Así que el DGC nos coloca ante la perfección que hay que conseguir y que no está exenta del riesgo de frustración e incompetencia que se siente ante la exigencia de la perfección personal y del ideal de comunidad siempre fuera de su alcance.

10. Esta extensión de la misión del catequista, ampliada por su variedad de figuras concretas, provoca igualmente cierto nerviosismo en las palabras del Magisterio. Por ejemplo, si para Juan Pablo II el catequista debe ser primero un maestro que da paso a Cristo que es el único maestro, para el papa Francisco tiene vocación de testigo y no de maestro ya que su coherencia de vida atrae hacia el Evangelio: hay que ser catequista. Si bien en ambos casos Cristo es el único maestro, vemos claramente la tensión entre estas figuras de catequista. Sin embargo, las dos podrían conciliarse si se mostrara el contexto eclesial y social en que se ejercen. Serían dos caras de la misma misión, lo que confirma una vez más la extensión de la tarea del catequista.

11. Por último, los cambios observados se reencuentran en la reflexión sobre la Nueva Evangelización. Es sintomático que el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe haya hecho su discurso más importante ante los catequistas reunidos para celebrar el Jubileo del año 2000 sobre la Nueva Evangelización. Ante los catequistas, relacionados con el primer jefe, el cardenal Ratzinger, quien explicó que el desarraigo de la fe observado en los países de la vieja cristiandad, proviene del hecho de que nuestros contemporáneos no entienden la palabra “Evangelio” como la respuesta a la pregunta “cómo vivir”. Además, la tarea del catequista no sólo se convierte en algo más amplio, sino en algo fundamental: ayudar a la gente de nuestro tiempo a encontrar el camino de la felicidad descubriendo cómo llegar a ser plenamente humanos en el seguimiento de Jesucristo. El catequista se entiende entonces ya sea como un misionero o como un nuevo evangelizador. Su tarea ha tomado una amplitud que no se había imaginado hace un siglo.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA Y TAREA DEL SIMPOSIO

El redescubrimiento del antiguo catecumenado, debido al movimiento litúrgico y catequístico (Jungmann), así como su revaloración por el Concilio Vaticano II, y la instauración del catecume-

nado actual, tuvieron el efecto inmediato de establecer un fuerte vínculo entre la iniciación cristiana y la función catequética y de actualizar el valor de la dimensión bautismal de la vida cristiana. Esto encontró su culminación en la afirmación del Sínodo de 1977 sobre la catequesis, retomada y amplificada después, y según la cual el Catecumenado es inspirador de toda la catequesis. Al afirmar que el modelo de la catequesis es catecumenal, el Magisterio indica que la iniciación cristiana bautismal no es sólo un proceso de inicio, sino también el paradigma de toda la vida cristiana. Este fuerte enlace entre la iniciación cristiana y toda la catequesis nos permite comprender que el creyente, al ser iniciado plenamente en la fe y en la fe de la Iglesia, aunque nunca a la perfección, es apto para convertirse en catequista, o sea que escucha y responde a la llamada que le hace la Iglesia a participar plenamente en su misión de anunciar el Evangelio. Esta llamada, recibida y sentida en el bautismo y en la confirmación, es llamada a ser misionero.

La dimensión bautismal de la vida cristiana es coherente con "Lumen Gentium", que da su valor al misterio de la Iglesia y del pueblo de Dios, antes de presentar el carácter jerárquico de la Iglesia, carácter jerárquico ubicado en el seno de la Iglesia pueblo de Dios. Así que el Vaticano II ha revalorizado el bautismo, que confiere igual dignidad a todos los cristianos. La consecuencia de esto es la valoración "religiosa" de los laicos que participan en la carga real, sacerdotal y profética de Cristo. Este nuevo concepto de Iglesia pide naturalmente el conjunto de recursos del pueblo de Dios que contribuye a la misión de la Iglesia, misión que es su misma naturaleza. La misma dignidad de ser bautizados implica la misma vocación a ser catequistas. Esto nos obliga a repensar las vocaciones: la vocación misionera de todo el pueblo cristiano unida a la iniciación cristiana; y la vocación particular de algunas personas unida a la vocación presbiteral. Si la vocación misionera de todos está ligada al bautismo, la de algunos a ser ordenados sacerdotes los sitúa dentro del carácter particular de la misión, más que de la construcción de la Iglesia cuerpo de Cristo.

La cuestión de los ministerios relacionados con la catequesis apareció también de manera punzante después del Concilio Vaticano II en los países occidentales, aunque desde principios del siglo XX en los países de misión, especialmente en África. El Directorio de 1971 entendió la catequesis como un ministerio de la Palabra. Pero se trató de ir más allá y pensar en un ministerio de la catequesis. ¿Por qué no se ha resuelto esta cuestión? Podríamos adelantar una hipótesis que se ha trabajado poco, pero que presento siguiendo al dominico Hervé Legrand. De hecho, la cuestión de los ministerios en la Iglesia católica, dice Legrand, ha sufrido una autonomización con respecto a la Iglesia local. Y esto es debido, entre otras razones, a un modelo universalista de ministerio que sufre de falta de integración en la Iglesia local.

Ahora, me pregunto si lo que nos pasa en la reflexión catequética no es del mismo talante. Esto quiere decir que tomamos al catequista dentro de un sistema universalista en detrimento de una concepción local. Al menos dos argumentos justifican esta hipótesis. Primero, el fracaso de la implementación de los ministerios establecidos, prevista para los acólitos y los lectores, ya que se daba la posibilidad de extenderlos al ministerio del catequista. Estos ministerios estables, conferidos en una liturgia, posibles gracias al papa Pablo VI, fueron diseñados según un principio de apertura, pero universalista. Destinados a los hombres, no han contado con la realidad de las Iglesias locales en las que los catequistas deben serlo en parejas (en África) o son mujeres, en Europa y América del Norte y del Sur. Segundo, la dificultad para percibir de qué hablan los documentos del magisterio y los teólogos de la catequesis cuando hablan de los catequistas, (a pesar de algunos ensayos en la guía del catequista en los países de misión, de 1993 § 233 del DGC) es otro aspecto del principio universalista que hace difícil tener en cuenta la realidad de las Iglesias locales, que llaman a los catequistas a una misión particular.

Así que, queridos amigos, nuestra tarea es muy grande y nuestras contribuciones muy esperadas para el servicio teológico de la Iglesia en un momento en que los cambios son tan rápidos para los catequistas y las comunidades que toman la responsabilidad catequética. La definición del catequista en estos cambios de los últimos siglos no se ha establecido y queda como cuestión abierta. La primera tarea que nos corresponde tras esta conferencia es dar consistencia a la palabra catequista, nuevo término que puede desplegar libremente nuevas facetas de la misión catequética de la Iglesia cuando pide a un bautizado anunciar el Evangelio en el seno de la comunidad. Necesitamos compartir y pensar sobre la realidad de la responsabilidad del catequista en una iglesia local y en una comunidad particular y en situaciones misioneras allí donde las comunidades son más frágiles.

Esta realidad es parte de una historia y una nueva realidad sociológica. Esta realidad del catequista se inscribe en las Iglesias y las diferentes culturas, eso lo comprenderemos mañana al recorrer todo el mundo, desde Chile a Vietnam, de Burkina Faso a Portugal y a la Suiza Alemana. Pero también mediante la observación del nuevo enlace entre los catequistas y las comunidades cristianas, y preguntando cómo la Iglesia de hoy entiende su pedagogía y su responsabilidad catequética. También reflexionando sobre las diferentes facetas de la misión del catequista: la de aprender a orar, a escuchar, a leer, a hacer el bien, a celebrar y conocer el credo, ya que estos son los múltiples contextos en los que se despliega el ejercicio de la misión del catequista: en la formación, en la escritura de documentos, en la animación y el acompañamiento de los catecúmenos, en los ambientes populares y entre las personas con minusvalía, con las que hablaremos y compartiremos en los talleres. Cada vez más, ser catequista toma una tonalidad diferente, un color particular, con una riqueza incomparable.